

Padres, que se lo digamos? Qué les hemos de hacer? Qué no nos querrán obedecer, y se volverán contra nosotros, como contra Gente, que les estorvamos su bien, y remedio. Entonces, disimulando, como que se quedaban, dexando toda la Gente en el Patio, buscaron yna parte secreta, por donde se salieron, y comenzaron à caminar por otro Camino, y no por el de Mexico: mas antes que anduviesen vn quarto de Legua, supo la Gente por donde iban, y fueron tras ellos exalados, para detenerlos. Y viendolos el Religioso, se bolvió à ellos, y riéndolos, con alguna pesadumbre, les dixo: Hijos, mirad, que nos dáis pena; no queréis que obedezcamos à nuestro Prelado? Ellos respondieron: Si queremos, que obedezcáis; pero tambien querriamos, que no nos dexaseis solos, y tan desabridos, hasta que vengan otros Padres, que nos consuelen.

Para este tiempo, yá avian embiado à Mexico à decir al Provincial, como no los dexaban ir, hasta que embiasen otros en su lugar; y certificandoles, que no dexarian de venir otros, tornaronles à rogar, que por amor de Dios los dexasen, è hiciesen vn poco de Calle. Y dandoles lugar, iba toda la Gente llorando tras ellos, que ninguna cosa aprovechaba rogarles, que se bolviesen. Yá que avian andado vn poco, quando pensaron que estaban libres, llega vn Esquadron de Gente, por delante de ellos, para detenerlos, y cercarlos; mas con ruegos, y palabras sentidas, que aquel Religioso les dixo, los dexaron pasar. Y fue, por ventura, sabiendo, que avian de caer en manos de otros, que los aguardaban.

Estos, que en otro puesto tenían cerrado el paso, era vn Esquadron de Mancebos, que se determinaron de hacer de hecho lo que pensaron, sin atender à razones, ni palabras. Y como llegaron los Religiosos al parage donde estaban, disimulando con ellos, y fingiendo irles à besar la Mano (como los que se conjuraron contra Julio Cesar, aunque no para matarlos, como estos Traidores) aprehugaron con ellos, y levantandolos sobre sus brazos, con la maior reverencia, que pudieron, dieron la buelta con ellos para su Pueblo, y no los dexaron, hasta meterlos por la Porteria del Convento; y por el camino iban diciendo al Religioso: (que avia sido su Guardian) Padre, no te enojas

contra nosotros; tú nos ajantaste, andando desparramados, y sueltos, y guiaste à los que andabamos descaminados, y como Padre, nos llevaste à la Casa de Dios; aora nosotros, como Hijos tuyos, te llevamos à tu Casa, perdonanos, que no te querriamos dar enojo, ni ofender, mas que sacarnos los Ojos. Por ventura enojarse ha Dios con nosotros, porque buscamos quien nos enseñe sus carreras, y Mandamientos? Vosotros nos decís, que mira Dios los coraçones; pues nuestro coraçon no piensa, que ofende à Dios en hacer lo que hacemos. Metidos los Frailes en el Convento, no tardò de llegar la Nueva, de como tenían alcançado del Provincial, que luego embiaria otros, para asistir alli. Y apenas llegó esta Nueva, quando llegó otra, que yá venian los Frailes por el camino. Entonces dieron lugar à los otros, para que libremente se fuesen. Partidos estos, encontraron con los otros, y contraronle extensamente, como los avian traído cercados, y atajados, hasta llevarlos en hombros. Llegados al Pueblo estos Religiosos recién venidos, fueron recibidos con grande alegría, y consolacion de todos.

C A P. IV. De el sentimiento, que por lo mismo hicieron los de Xuchimilco, y Cholulla, y la diligencia que pusieron, para que bolviesen los Frailes.



A otra segunda Casa, que se dexò por Vicaria, sujeta al Convento de Mexico, fue la de Xuchimilco, otras quatro Leguas de esta Ciudad, por la Laguna Dulce, ò por Tierra (como las quisieren andar) era este Pueblo entonces, y al presente lo es, de los mejores de la Nueva-España, con Título de Ciudad. Los Vecinos de ella (aunque la Tabla del Capitulo se leió por la Tarde) luego aquella Noche supieron la Nueva. Otro Dia por la Mañana, fueron casi todo el Pueblo al Monasterio, y entraron en la Iglesia (que aunque es muy grande, no cupieron todos, porque eran mas de diez mil Personas los que avian

concurrido) y ellos, y los que quedaban fuera en el Patio, todos de rodillas, y postrados ante el Santissimo Sacramento, comenzaron vn clamoroso llanto, rogando, y suplicando à Dios, no consintiese, que tal cosa pasase, ni los dexasen tan tristes, y desconsolados, pues los avia hecho à su Imagen, y semejança, y avia muerto por ellos en la Cruz, y los avia traído de sus pecados, y gran ceguedad, al conocimiento de su Santissimo Nombre, y Fè Catolica. Y cada vno por sí, despues componia palabras de Oracion viva, que era cosa de ver, y de oír lo que decian; y todos llorando, con mucho sentimiento, y à veces con voz en grito, y lo mismo hacian, y decian los que estaban fuera en el Patio. Muchos se iban à llorar con los Frailes, que estaban en el Monasterio; los quales, viendolos tan doloridos, no podian dexar de llorar con ellos. Y decian los Indios à los Frailes, que bien sabian, que les mandaban ir à morar à otras partes; pero que los perdonasen, que no los avian de dexar salir, sino ponerles Guardas, que de Dia, y de Noche los guardasen.

En esto se les pasó la maior parte del Dia, allegandose siempre Gente de la Comarca, y Lugares sujetos, para ir todos juntos à Mexico: mas los Principales los detuvieron, porque no fuese junta tanta Gente. Con todo eso, fueron hartos, y entre ellos tambien fueron Mugerres, y ni los que iban, ni los que quedaban, se acordaban de comer. Llegaron à Mexico à hora de Misa, y entraron de golpe en la Iglesia de San Francisco, y postrados ante el Santissimo Sacramento, con mucha copia de lagrimas, presentaban sus quejas à Dios, de que sus Padres, y Maestros los querrian desamparar. Algunos de ellos imploraban la intercesion de la Reina del Cielo; otros llamaban à San Francisco; y otros invocan à los Santos Angeles.

Los Españoles Seglares, que estaban en la Iglesia, quedaron espantados de verlos de aquella manera; y aunque no sabian de raiz, la causa de su lloro, trabajaban de acallarlos, mas no aprovechaba, hasta que huvieron de venir algunos de los Frailes del Capitulo, para quietarlos, y consolarlos.

Quando los Indios los vieron, comenzaron à decirles: Padres nuestros, por qué queréis desampararnos? Aun apenas hemos recibido la Leche de la

Fè, y de la Christiandad, y tan presto nos quereis dexar? Acordaos, que muchas veces nos decíades, que por nosotros aviades venido de Castilla, dexando à vuestros deudos, y conocidos, y todo vuestro consuelo, y que Dios os avia embiado, para nosotros, necesitados, y huerfanos; pues como aora nos quereis así dexar? Adonde iremos? Que los Demonios otra vez nos querrán engañar, y tragar, traiendonos à su servicio, y errores pasados.

A esto les respondian los Religiosos: No querèmos, Hijos, dexaros, mirad, que os han engañado, que así como hasta aqui os amabamos, y querriamos, y procurabamos vuestro bien, así aora os amamos, y querèmos, y no dexarèmos de trabajar con vosotros, hasta la muerte, visitandoos, y consolandoos en todo lo que os estuviere bien, y conviniere. Por ventura, podrá olvidar, ò dexar la Madre al Hijo? (que es lo que dice Dios) y si ella lo dexare, nosotros no os hemos de dexar, pues sois nuestros Hijos, que por la Palabra del Evangelio de Nuestro Señor Jesu Christo, os hemos engendrado; para morir con vosotros venimos, como otras veces os lo tenemos dicho: bien sabéis, que no buscamos, ni querèmos haciendas, ni deleites, ni otra cosa del Mundo, sino vuestro aprovechamiento, y veros perfectos en el Amor de Jesu Christo; esto procurad vosotros, que de nuestra parte nunca os faltará el ayuda; y así no temais, que os dexarèmos.

Estaba la Iglesia llena, y los que en ella no cabian, estaban en las Puertas, y otros en el Patio, porque debian de ser todos tres mil Personas. Muchos Españoles, que se hallaron presentes, estaban maravillados, y otros oiendo lo que pasaba, vinieron à ver lo que no creian, y bolvian espantados, y muchos de ellos, compugidos con lagrimas, de ver la harmonia, que aquellos Pobrecillos tenían con Dios, y con Santa Maria, y que no cesaban de rogar, que los oiesen. De aquella manera se estuvieron en la Iglesia, que no quisieron salir de ella, hasta que los Frailes acabaron de comer, y vinieron alli à dar las Gracias (como lo tienen de costumbre) y entonces el Provincial, hecho silencio, los consolò de palabra quanto pudo. Y viendo, que no aprovechaban palabras, compadeciendose de ellos, les diò dos Frailes, que llevasen consigo, y los enseñasen, y pre-

dicafen. Con esto fue tanta la consolacion, que sintieron, que toda su tristeza se les convirtió en alegría; y para mas consolarlos, les dixo, que no los dexafen venir, salvo si fuesen otros en su lugar.

Dieron, pues, la buelta estos Pobrecillos, mudado el tono del sentimiento, que avian traído, en nueva manera de goço, muy acallados, y contentos con sus Padres: como los Niños, que avian perdido à sus Madres, y llorando las avian buscado, y halladas, mudan las lagrimas de tristeza, en lagrimas de alegría. Y en el camino les iban contando el desconsuelo, que ellos, y los que quedaban en el Pueblo avian sentido; y cada vno trabajaba de mas llegarle à ellos, como hacen los Polluelos, debajo de las alas de su Madre. Como iban otros delante, con la Nueva, salieron casi los mas que quedaban al camino, à recibirlos con el mismo goço.

Llegados los Religiosos al Monasterio, y hecha primero Oracion en la Iglesia, hablaron, y consolaron à todos, certificandoles, que venian de asiento, para quedarse con ellos. Mas con todo esto, los Indios pusieron Guardas, que de Dia, y de Noche velasen, porque no se les fuesen sus Maestros, y Padres; y ellos sossegados, y consolados, fueronle à sus Casas.

En este mismo Capitulo (que arriba dixese celebrò en Mexico) quedaba otra Casa sin titulo de Guardiania, sujeta al Convento de Huexotzinco, para que fuera visitada de los Religiosos de aquel Convento, como Vicaria: este era el Pueblo, y Ciudad de Cholulla, que ora es de las mejores Casas, que tenemos, y que ha muchos Años, que sustenta Estudio de Moços, y ai de continuo treinta, y mas Moradores en esta Casa: y la Gente del Pueblo, es de la mas rica de todas las Indias, porque los Vecinos de él (casi todos) son Mercaderes.

Estos, quando supieron la Nueva, para ellos penosa, y desgraciada, concurren muchos al Monasterio, con el mismo sentimiento, que tuvieron los de Xuchimilco, y lloraron amargamente en la Iglesia, delante del Santísimo Sacramento, y despues con otros tres Frailes, que avia en aquella Casa; los quales, llorando tambien con ellos de compasion, procuraban de consolarlos; pero no avia consuelo, para quien tantofuente la pérdida, que ellos imaginaban,

si los Frailes les faltaban; antes creció tanto su dolor, y el deseo de alcanzar su remedio, que acordaron de ir luego à Mexico, no espantandolos la distancia del Camino (que son diez y nueve, ò veinte Leguas) ni curando de aguardar mucho matalotaje. Y así vinieron luego, no tres, ò quatro, como Procuradores, sino mas de ochocientos, y hubo muchos, que dixeron ser mas de mil; y quisieron venir muchas Indias, con ellos, mas no lo consintieron los Principales, por ser tan lexos.

Llegados à esta Ciudad, entraron en el Convento de San Francisco, con el impetu, y sentimiento, que queda dicho de los otros (porque esta Gente ha sido muy devota en esta Nueva-España) haciendo, y diciendo tantas lamentimas, que el Provincial no pudo dexar de embiarlos consolados, dandoles Frailes, que asistiesen en su Monasterio, como lo avia hecho con los de Quauhtlan, y Xuchimilco. Y obrò Dios, lo que suele, con los Misericordiosos (segun se lo tiene prometido) que estando entonces los Frailes de la Provincia muy descuidados, de que les viesse socorro de España, porque estaban certificados, que el General de la Orden no queria dar Frailes, y los Provinciales, por el consiguiente, no consentian, que se les facese alguno de sus Provincias. Cerrada la puerta de toda esperanza humana, apenas huvieron proveído aquellas tres Casas de Religiosos, quando tuvieron nueva, que avian llegado al Puerto veinte y cinco; los primeros de los ciento y veinte, que iba sacando Frai Jacobo, en virtud de la Bula, que diò el Papa Paulo III. à pedimento del muy Catolico Emperador. Con esta tan buena ajuda, se pudo facilmente suplir la falta, que los Indios, y Frailes de la Provincia padecian, y hubo, para embiar nuevos Obreros à Yucatàn, y Guatemala; con que toda la Tierra quedó consolada.



CAP. V. De lo que hicieron los Indios de el Pueblo de Quauhtinchàn, por no perder la Doctrina de los Frailes de San Francisco; y lo que pasaron, por no querer recibir Religiosos de otra Orden.



MUCHOS han sido los Pueblos de esta Nueva-España, que han padecido grandes trabajos, y puesto de su parte suma diligencia, por no perder la Doctrina de los Frailes de San Francisco, que los convirtieron primeramente a la Fè, y los criaron con la Leche, y Manjar de el Santo Evangelio; aunque algunos no pudieron salir con ello, por la falta que en aquella saçon hubo de Frailes de esta Orden, para cumplir con todos; pero otros, por su buena diligencia, tuvieron dicha de alcanzarlo. De estos contare dos, ò tres Exèmplos, por aver sido notables, y de grande consideracion para nuestros Españoles; en orden de estimar, reverenciar, y querer à los Ministros Evangelicos.

El Año de 1554. vn Padre Provincial de cierta Orden, que despues fue Obispo en vna Iglesia de estas Indias, rogò al Provincial de los Franciscos, que à la saçon era el Siervo de Dios Frai Juan de San Francisco (cuya heroica, y Apostolica Vida se dice en su Coronica) que pues no tenia Frailes en el Pueblo de Quauhtinchàn (que es seis Leguas de la Ciudad de los Angeles, entre el Oriente, y Medio Dia) sino que lo visitaban de el Convento de Tepéaca, que se lo dexase à su cargo, y que él pondria Frailes, que asistiesen de asiento, y diesen recaudo de Doctrina, y Sacramentos à aquellos Indios, porque no tenian Monasterio de su Orden en toda aquella Comarca de la Ciudad de los Angeles, à cuya causa, su Convento, que en ella tenian, padecia mucha necesidad, por falta de alguna ajuda, y socorro. El Provincial Francisco, condescendiendo facilmente con su ruego, dixo, que por lo que à él, y à su Orden tocaba, pudiese Frailes, con la bendicion de Dios, en Quauhtinchàn, que él, ni los suyos, por

ninguna via, se lo estorvarian, ni contradirian. Alegre con esta respuesta el otro Provincial, que lo pretendia, no quiso fiar de otro la Conclusion de vn Negocio, que tanto él, y sus Frailes deseaban; mas antes se aprestò, para ir en Persona à tomar la posesion, y ganar la voluntad de los Indios, pareciendole, que por ser Provincial, le tendrian mas respeto, y que con sus buenos medios, tendria mas eficacia para atraerlos. Y así, tomando por su Compañero à otro Padre Viejo (ambos, en realidad de verdad, Santos Religiosos) fueron derechos à Quauhtinchàn, donde llegaron vn Martes, diez Dias de el Mes de Junio de el dicho Año. En este medio, yà los Indios avian oido decir, como el Provincial de San Francisco, avia dado su beneplacito al otro de la otra Orden, para que pudiese allí Frailes de su mano, y orden, aunque no lo avian tenido por cierto. Mas como el Indio, Portero de la Iglesia, llamado Pedro Galvez, vio aquellos dos Padres, que venian tan determinados, y derechos à la Iglesia, recelándose de que fuese verdad lo que se avia dicho, y no atreviéndose à abrirles la Puerta de el Aposento, donde se acogian los Religiosos, que venian à decirles Misa, y Doctrinarlos, sin sabiduria de el Governador, y Alcaldes, fue-se corriendo para las Casas de Cabildo, donde estaban juntos, con otros Principales, y dixoles, como avian llegado dos Religiosos de tal Orden, y entrado à hacer Oracion en la Iglesia, y que venia à preguntarles, si les abriria el Aposento, donde solian dormir sus Frailes.

El Governador, llamado Don Felipe de Mendoza, y Alcaldes, Domingo de Soto, y Juan Lopez, y los demas, que allí estaban, alborotaronse en oír esta nueva, porque dieron luego credito à lo que se avia dicho, y entendieron, que aquellos Padres venian de hecho à meterse en posesion de su Iglesia, y Casa, y mandaron al Portero Galvez, que se escondiese, y no pareciese delante de aquellos Padres, porque en ninguna manera querian, que entrasen en aquel Aposento. Hicòlo así el Portero, y ellos todos hicieron lo mismo, yendose cada vno à recoger à su Casa, y ninguno pareció en la Iglesia, por aquella Tarde.

Esta mala nueva para ellos, fue luego de mano, en mano divulgándose por todo el Pueblo; y sabida por todos, no